140

VERSO 5.

Sostenedme con flores, rodeadme de manzanas, porque desfallezco de amor.

En este verso se ve que la Esposa, saliendo de la bodega de los vinos, cayó en un desmayo. Entre los efectos del amor divino de que hablan los doctores místicos, unos se llaman palabras amorosas, otros embriaguez espiritual; otros, deliquios ó desmayos de amor, éxtasis ó arrobamientos; y como este Cántico es todo de amor, de todos estos distintos efectos se habla en él; y así, las palabras de amor son las que el Señor habla á su Esposa en el fondo del alma, y de ellas son muchas que hemos declarado. Ahora se trata del deliquio de amor, pues es lo que experimenta la Esposa cuando dice, llamando á sus compañeras y dirigiéndoles la palabra: Venid y socorredme; mirad cómo me desvanezco y estoy por caer en tierra sin sentido; traedme flores y manzanas, cuyo olor me conforte y me

vuelva la respiración. «Apartándose el Esposo como suele, dice San Bernardo, Ella se siente desfallecer de amor, pues cuanto más agradable había experimentado su presencia, tanto más se siente con su ausencia desfallecer; pues si se nos quita lo que amamos, se aumenta nuestro deseo; y lo que con ardor se desea, más tristemente se pierde. Y por eso esta alma ruega que la alienten con el olor de flores y de frutos, mientras que vuelve Aquel cuya ausencia la enferma y la entristece.»

Mas ¿qué significan las flores y las manzanas que pide aquí la Esposa? Claramente responden algunos: trátase de Cristo, pues ya la hemos oído llamarse flor del campo y lirio de los valles, y la Esposa le ha llamado árbol de manzano; y por ese lo explica muy claramente en el verso que sigue, donde pide ser abrazada con sus dos divinas manos. Y esto le conviene admirablemente á la santísima Virgen, cuando pedía noticias á las hijas de Jerusalén de su amado lirio y de su dulce manzano; de su Jesús, que había perdido con indecible desconsuelo y que

con deliquio de amor andaba buscando. Las flores y manzanos simbolizan también las celestes consolaciones que Dios manda á las almas santas cuando se encuentran en la desolación y en la amargura; y muy particularmente la memoria de las suavísimas palabras y de las preciosas acciones de nuestro Salvador, pues con la meditación de sus misterios, el alma, que desfallece por su deseo, se sustenta y se conforta. Así, nuestra dulcísima Madre, en la ausencia de su Jesús subido al cielo, desfalleciendo de amor y de deseo, llamaba á los santos ángeles diciéndoles: Rodeadme de flores, sostenedme con manzanas, y la memoria de Jesucristo la confortaba y consolaba, y muy particularmente el recuerdo de la dolorosa Pasión, á la que invoca aquél santo: «Pasión de Cristo, confórtame», porque tiene la virtud y eficacia de confortar el alma; pues como dice San Ambrosio: «ungüento es la sangre que derramó, manzano es él mismo, fruto pendiente del árbol de la cruz»; y San Bernardo, por manzanos entiende los dolores de la Pasión, y por flores los gozos

de la Resurrección, y todo esto consolaba y confortaba á la santísima Virgen en sus amorosos deliquios.

Mas no omitamos otro sentido de este verso que apuntan algunos doctores con San Gregorio, que dice: «Por las flores se designan las almas tiernas y principiantes, y por manzanos los fieles maduros y perfectos.» Y así podemos decir que nuestra amada Madre María, como que se consuela y se conforta y se alegra, ya con sus hijos tiernos que comienzan á amarla, ya con sus siervos más crecidos que la sirven muchos años ha, y la aman entrañablemente como á Madre. En sus fiestas y en medio de sus altares, y en los días de su florido mes, parece decir á sus Hijas: «Vosotras las pequeñas, las aspirantes que llevais la cinta de esperanza, acercaos y rodeadme como flores, que vuestros deseos son grato olor que me conforta; y vosotras, las que llevais la cinta color de cielo, y sois soldados antigüos en mi ejército, acercaos también, pues como manzanas, juntais al olor de los deseos el dulce sabor de las buenas obras; venid, venid todas, que

quiero comunicaros el amor que me hacía desfallecer en la tierra y que en el cielo me hace inmensamente dichosa.

VERSO 6.

Su izquierda debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará.

Desmayada la Esposa en un deliquio de amor, el Esposo la levanta para colocarla en el lecho, y como hace el que endereza á un enfermo, con una mano le sostiene la cabeza y con la otra la abraza para levantarla, y esto es lo que aquí siente y cuenta la Esposa: «con su mano izquierda sustenta mi cabeza, levantándola por debajo, y me abraza y levanta con su derecha para trasportarme.» Y así también, dice un doctor, suelen las madres abrazar á sus hijos pequeños, tomándoles con una mano la cabeza y acercándola á su seno, mientras que con la otra mano los levantan, rodeándolos de la cintura; y á ese modo hemos de en-

tender aquí el abrazo de que habla la Esposa que le dió el Esposo para levantarla y trasportarla. Mas este abrazo ¿qué significa? Misterios todos grandiosos: primeramente, indica el abrazo de la divinidad con la humanidad en el seno sacratísimo de nuestra Señora, que ambas la rodearon y abrazaron con su protección; en segundo lugar, significa la gracia y la gloria que envolvieron y cómo abrazaron á María nuestra Reina, pues la gracia es como la mano izquierda, que sustenta la vida presente, mientras la gloria es la derecha que abrazó toda el alma y cuerpo de la Santísima Virgen, cuyo abrazo durará por toda la eternidad y comenzó en su gloriosa Asunción; en tercer lugar, la izquierda significa las adversidades de esta vida, y la derecha las prosperidades con que el Señor nos consuela; y con ambas manos abrazó á su Madre santísima, cuya vida toda fué un tejido de penas y de gozos, de dolores y de consuelos; en cuarto lugar, la izquierda significa la acerbidad de la Pasión de Jesucristo, y por la derecha se indica el gozo de su Resurrección: y por

eso dijo antes: «desfallezco de amor», lo cual se vió claramente cuando estaba al pie de la cruz; mas viendo con su mente ilustrada por Dios, los grandes frutos de la muerte de Cristo y cuán pronto resucitaría, exclama: «Su izquierda bajo de mi cabeza, es decir, no sobrepuja mi cabeza; que la razón ceda al efecto, y llore yo á mi Hijo como si hubiese de morir para siempre; antes estoy ciertísima que su derecha me abrazará, cuando la gloria de su Resurrección me llene de alegría. No sólo me tocará por breve tiempo, como el dolor de la Pasión de mi Hijo, sino que me rodeará y me llenará de una perpetua alegría; con El lloré por breves horas, mas con él eternamente me alegraré.»

Tales son los sentidos de este corto verso, y de él sacaremos esta enseñanza: que las penas de esta vida duran poco; y aun en ellas nos sustenta el Señor con su mano; mas los gozos de la otra vida son perpetuos, y allí nos abraza el Señor en perpetuas delicias; por lo cual dice el Apostol: «No son dignas las pasiones ó trabajos de este tiempo, de la

futura gloria que se revelará en nosotros. (Rom. VIII. 18.)

VERSO 7.

Conjúroos, hijas de Jerusalén,
por las cabras y ciervos de los campos,
que no levantéis ni hagáis despertar
á la amada, hasta que ella
quiera.

Después que el Esposo colocó en el lecho á su amada, ésta se durmió en un tranquilo sueño, y dejándola él al cuidado de las jóvenes sus compañeras, les encarga que no fueran á despertarla, sino que la dejen quieta hasta que ella buenamente despierte. Sólo que, como este Cántico, según ya hemos advertido, es un idilio, es decir, un cantar campestre y pastoril, todas las comparaciones son tomadas de cosas del campo, y por eso dice que las conjura por las cabras y los ciervos. Por estos animales entienden los doctores significados á los ángeles; por-

que así como las cabras tienen una vista agudísima, viendo muy bien desde muy lejos, y los ciervos que moran en lo alto de las peñas corren y saltan velocísimamente, así los ángeles ven desde el cielo cuanto pasa en este mundo, y vuelan velozmente á cumplir lo que Dios les ordena. Conjura, pues, aquí el Señor á las criaturas, á que no turben la santa quietud, el provecho y el estudio de las virtudes de las almas, que las dejen despertar hasta que ellas quieran, porque sus obras han de ser voluntarias y espontáneas.

Puede también entenderse esto en nuestros tiempos, de las almas que en las casas religiosas se dedican á la contemplación, á las que los mundanos persiguen y arrojan de sus claustros, despertándolas así el sueño de la oración, aunque el Señor los conjura á no hacerlo. Veamos cuán hermosamente lo dice San Gregorio Papa:

«El alma santa, Esposa de Cristo, apetece descansar de todas las perturbaciones del mundo; desea dormir aquietada de las terrenas concupiscencias, y aun á veces fastídianle las necesarias conversaciones, porque sólo le alegra el hablar con su Esposo. Mas las almas carnales que hay en la Iglesia, importunamente la despiertan y desean enredarla en los negocios del mundo, y reputan inútil su vida, porque la ven abstenerse de sus cuidados y ocupaciones.» Ciertísimo es lo que aquí dice el santo Doctor, pues piensan los impíos, y lo dicen á cada paso, que las Religiosas son inútiles á la sociedad, que son ociosas y nada hacen, y en nada trabajan. «Pero estos hombres animales no perciben las cosas que son de Dios, dice San Pablo, y no comprenden que más bienes le traen al mundo con la oración, que con todo el trabajo de manos, que por otra parte no les falta, y le tienen sobrado.» «Grande y estupenda es la dignación del Señor, dice San Bernardo, que haga descansar en su seno al alma contemplativa, y que allí la guarde de molestos cuidados, la proteja de inquietas acciones y de terrenos negocios, y no permita que nadie la despierte ni la turbe, ni levante, sino hasta que sea su voluntad.» Es, pues, la oración de quietud, que tan bien explica Santa Teresa,

como un sueño que el alma duerme en Dios, recogiéndose toda dentro de sí, y juntándose con el Señor; de suerte, que no parece oir ni sentir, sino que está dormida y como medio muerta, hasta que volviendo en sí, echa de ver el bien grande que ha perdido. Y si Dios así favorece á algunas almas, y amoroso las arrulla y las duerme cabe su seno, de pensar es, qué haría con su Madre santísima; á cuán alta contemplación la elevaría; cómo encomendaría á los ángeles su cuidado, diciéndoles que no permitiesen á las criaturas perturbarla; y así, la dulce Virgen, confiada y resignada enteramente en la Divina Providencia, descansaba segura entre sus brazos, durmiendo muy tranquila, ya sea durante la pasión de su Hijo, ya sea en las persecuciones levantadas contra los Apóstoles y la Iglesia, después de la Ascensión.

VERSO 8.

La voz de mi Amado:
he aquí que éste viene saltando
en los montes, traspasando los collados.
V. 9. Semejante es mi Amado á la
corza y al cervato. Vedle que
él mismo está tras de nues-
tra pared, mirando por las ventanas, acechando por las
celosías.

Aquí la Esposa, trasportada á su lecho después de su desmayo, confusamente y entre sueños, oye la voz de su Esposo que viene y que salta los montes para acudir á su Esposa, que de amor languidece. Y esta voz que oyó, era la del Esposo que imponía silencio á las doncellas para que no despertasen á su amada. Y así lo entienden San Bernardo y San Gregorio. La Esposa, pues, medio oyendo la voz del Esposo, acaba de despertar, y llena de regocijo exclama: «He oí-

do la voz de mi Amado, que por el cuidado que de mí tiene se apresura y viene saltando los montes, veloz como la corza y el cervato, y esto para asistirme y socorrerme.» Dulcísimas palabras que tienen preciosos sentidos: Ve la Virgen Madre bajar al Verbo desde las montañas del cielo y apresurarse por su oración, y hablarle por boca de su embajador, saludándole: «Ave, llena de gracia, el Señor es contigo»; y luego que Ella da humilde consentimiento, corriendo como la corza, baja el Verbo á su seno; y después, como hermoso cervatillo, se le aparece en la noche de Navidad en el pesebre. Como cervatillo aparece el pequeñuelo nacido para nosotros, dice San Bernardo. Salta también los montes y traspasa los collados, cuando salta de Abrahán, monte de la fe, á Isaac, monte de la esperanza; y de él á Jacob, collado de la dilección, y así de uno en uno á todos sus progenitores que numeran los Evangelistas. Y también como que salta el divino Cordero del seno de su Madre al pesebre, de allí á Egipto, del Egipto á Nazareth, de allí á su predicación, de allí

á la cruz, de ella al sepulcro, y de allí al cielo. Así lo explica San Ambrosio. San Bernardo advierte que materialmente anduvo Cristo en las montañas, porque en una eligió á los Apóstoles, en otra se transfiguró delante de ellos, en un monte empezó su predicación, en otro fué crucificado, en otro subió al cielo, y en otro mandó al Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Y ya antes subió á las montañas de Judea encerrado en el seno de su santísima Madre.

«He aquí que Él está tras de nuestra pared, mirando por nuestras ventanas, acechando por nuestras celosías.» Este verso es continuación del anterior, y por eso se ponen juntos. Y no es de extrañar que en él se nos indique el gran misterio de la Encarnación del Señor, pues de él principalmente se ocupa todo este divino Cantar.

El Esposo, pues, llegando, mira á la Esposa tras de la pared por las ventanas cubiertas de celosías, ó más bien de una fina red, como se dice en el hebreo. De allí es que él la mira perfectamente, pues en la lengua santa se dice que la

mira como observando sus gestos, sus actos y palabras; pero Ella no lo ve sino imperfectamente, como sucede cuando alguno observa por un resquicio ó agujero; que él ve bien lo que está de la otra parte, y á él muy poco ó casi nada le ven. Veamos, pues, cuán hermosamente lo aplica San Gregorio Papa: «Jesucristo se pára tras de nuestra pared, porque oculta su divinidad tras de la humanidad que ha tomado por nosotros; porque si nos mostrase su inmensidad, no podría sostenerla la humana flaqueza; y por eso quiso interponer su sagrada Carne; y todas las grandezas que obró entre los hombres, verificólas como escondiéndose tras la pared. Y así como el que mira por las ventanas y las celosías, en parte se deja ver y en parte queda oculto, así Nuestro Señor Jesucristo, cuando hacía sus milagros por el poder de su divinidad, y cuando padeció nuestras miserias por la flaqueza de nuestra carne, podemos decir que asomaba por las ventanas y las celosías, porque en algo ocultaba, en algo aparecía lo que era.» San Bernardo también, dice que el Señor

encontró tantos agujeros y aberturas en nuestra ruinosa pared, cuantas flaquezas y miserias nuestras sintió en su sagrado cuerpo.

En la Eucaristía muy especialmente, se verifica que el Esposo nos mira debajo de los accidentes como tras de una pared; y tan oculto y escondido, que nosotros sólo miramos la misma pared tras de la cual se encuentra, es decir, los accidentes del pan. Y el Padre Faber, en su preciosa obra del Santísimo Sacramento, conforme con la opinión de algunos teólogos, dice que Jesucristo allí nos mira con sus mismos ojos corporales, consideración muy á propósito para encendernos en su amor.

La Virgen Santísima, llevando en su seno al Verbo encarnado, le sentía en sus entrañas sin mirarle; pero el Señor miraba muy claramente su profunda humildad, sus preciosas virtudes y sus encendidos afectos. Y cuando fué á visitar á Santa Isabel, el Señor, tras la pared del claustro virginal, miró á su Precursor y lo santificó en el seno de su Madre, siendo la voz de la Virgen María ó

sus labios soberanos, como la ventana por donde asomó el Hijo de Dios, pues que dijo Isabel: «Desde que resonó la voz de tu salutación en mis oídos, saltó de gozo el infante dentro de mi seno.» Por todo esto pudo muy bien nuestra amada Madre decir: Ved cómo está tras de nuestra pared, mirando por las ventanas, observando por las celosías.» Pero como el Señor no solo la mira, sino que le dirige dulcísimas palabras, sigue Ella diciendo:

VERSO 10.

He aquí que mi Amado me habla, diciendo: Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven.

Parece aquí que la Esposa, viendo á su Amado, aunque al través de las celosías, le hace señas de que entre; pero El desde fuera le da á entender que no quiere pasar adentro, y antes la llama para salir al campo, y la dice que se levante

y se dé prisa, dándole esos tres títulos de mucho amor: de amiga, y paloma y hermosa. Dios llama á las almas á que se levanten del sueño de la tibieza y se den prisa á ejercitar las virtudes, pues el alma debe sacudir la pereza y subir de grado en grado á la perfección á que Dios la llama. En cuanto á los títulos que le da, dice el Niceno: Es hermosa, porque acercándose á Dios, recibe el alma en sí como en un espejo la imagen de la divina hermosura; es paloma, porque reposa en ella el Espíritu Santo; y es amiga por el conocimiento que Dios le da de sí y de sus misterios. San Gregorio así lo explica: «Cristo llama á su Esposa, amiga por la fe; paloma por la simplicidad; y hermosa por la operación.» Y á ésta exhorta á levantarse y venir, porque es muy justo que el que aspira al amor del Señor, sacuda en cuanto pueda la pereza y se dé prisa á la consecución de los bienes eternos. San Bernardo pregunta: ¿por qué Cristo, que poco ha mandaba no despertar al alma, ahora él mismo la despierta y la llama? Y el mismo santo responde: Para que conozcamos

las vicisitudes de la santa quietud y de la indispensable acción, y que en esta triste vida no hay mucho tiempo para contemplar, ni espacio para descansar, pues nos instan por fuerza los negocios de nuestro oficio y estado. Y por esto acostumbra el Esposo, después que su Amada ha descansado un poco en su seno, llamarla á las obras exteriores que le pertenecen.

El Abad Ruperto explica que son palabras del Señor á su amada Madre, á la cual habla de esta suerte· «Tú, que eres mi amiga por tu humildad, mi paloma por la caridad, mi hermosa por la castidad, ven, pues, María; ven, pues que Eva huye á esconderse; ven y da crédito al ángel que te anuncia, pues Eva dió crédito á la serpiente que le hablaba; ven y pisa la cabeza de la serpiente que á Eva engañó. Ven y dí: He aquí la esclava del Señor; pues que Eva se defendió diciendo: la serpiente me engañó.... Ya escucho, dice María, la voz de mi Amado, que me dice: Levántate por la fe, apresúrate por la esperanza y ven por la caridad.»

También llamó el Señor á su amada Madre para que fuese y se apresurase á las montañas de Judea, y obedeciendo, caminó con festinación, como dice el Evangelio. Y la llamó á Belén, para nacer allí conforme á las profecías; y se encaminó allá con su Esposo; y por fin, la llamó para llevarla á su gloria, como en otros versos más claramente veremos.

VERSO II.

Porque ya pasó el invierno,
se fué la lluvia y se retiró. V. 12.
Las flores aparecieron en nuestra tierra,
el tiempo de la poda ha llegado:
la voz de la tórtola
se ha oído en nuestra tierra.

En estos dos versos se hace una descripción poética de la venida de la primavera, que es la más hermosa estación del año. En efecto; entonces ha pasado el frío invierno con sus nieves, lloviznas

y heladas: esas lluvias que se llaman aguas de nieve por su frialdad, se van y se alejan para no volver; entonces comienzan á brotar las flores de sus botones, y van poco á poco abriéndose, haciendo gala de sus bellos colores; comienzan á podarse los árboles, y especialmente las viñas, que abundan tanto en Palestina, cortándoles los sarmientos secos é inútiles para que sean más fructuosas; comienza á escucharse el canto de los pájaros, y en particular el de la tórtola, que emigra en el invierno buscando regiones más templadas; pero vuelve á la aproximación de la primavera; la higuera entónces produce sus primeros frutos y las viñas florecientes derraman su olor por las campiñas. Y describiéndole su Esposo á su amada esas bellezas primaverales, la invita á que se levante y vaya en su compañía á gozar de los campos y á cultivar las plantas. Y eso es lo que expresan estos dos versos con el siguiente, por lo cual juntos los explicaremos.

Dicen los santos Padres, que aquí la fuga del invierno y la llegada de la pri-

mavera, indican la cesación de la Ley antigua y el principio de la nueva, siendo las viñas las iglesias que fundaban los Apóstoles; el invierno, el frío helado de la infidelidad; el sol de primavera, el Espíritu Santo en la Pentecostés; la poda, el combate contra los vicios y errores; las flores, los nuevos cristianos; el canto de la tórtola, la predicación del Bautista; y el de las otras aves, la de los Apóstoles. Así lo entienden San Anselmo y San Ambrosio, San Bernardo y San Cirilo, con otros santos.

También llama aquí el Señor al alma pecadora á la penitencia, diciéndole: «Levántate del lecho de la culpa, pues ya pasó el invierno de los pecados y la lluvia de la concupiscencia; ya te alumbró la luz de mi gracia, que te inflame en mi amor y produzca en tí las flores de las virtudes y los frutos de las buenas obras, para que aparezcas hermosa como paloma ante Dios.» Y aquí se indican aquellos tres actos de la penitencia: la contrición, por las flores que aparecen en la tierra del alma; la confesión, por la voz de la tórtola que llora el haber perdido

al Esposo; y la satisfacción, por la poda que corta las ocasiones del pecado. También puede significar la fuga del mundo y la entrada en Religión; pues el mundo con sus ilusiones, es el invierno frío, del que se aleja el alma cuando se entrega á Dios en el retiro; y en la Religión aparecen las flores de las virtudes; se podan todas las esperanzas del siglo; se llora con la tórtola la pasada vida; la higuera del alma produce dulces brevas, y Jesucristo levanta á la Esposa y la invita á la perfección. Y algo semejante sucede en la amada Asociación de las Hijas de María. Cuando entran en ella, huye el invierno del siglo, aparecen las flores de aquellas cuatro virtudes que prometen; podan las modas, teatros y vanidades; y como tórtolas y jilgueros, zentzontles y clarines, cantan en la primavera del gracioso mes de su Madre; como viñas dan su olor cuando desean entrar á los jardines del Señor, que son los claustros, y producen los dulces higos del amor á Dios y á su santísima Madre.

En cuanto á Ella, la gloriosa Virgen, el día 25 de marzo, terminado el invierno y á principios de la primavera, recibió la visita del Arcángel Gabriel, y dando su humilde consentimiento, el Verbo de Dios se hizo carne en sus purísimas entrañas. Entonces pasó el largo invierno de los profetas y de la durísima Ley mosaica: alejáronse las lluvias de los pecados y de las divinas amenazas y venganzas; llegó la hermosa primavera, brotando las flores de la gracia, reconciliación y remisión de los pecados; nació Cristo, Sol de justicia; llegando el tiempo de la poda, esto es, de la gracia y de la penitencia; oyóse la voz de la tórtola, es decir, la de nuestra dulce Madre, cuando dijo: «He aquí la esclava del Señor.» También el canto de esta avecita significa el amor de nuestra Señora, como lo dice hermosamente un antiguo doctor por estas palabras: «La voz de la tórtola canta al amor y á la santa dilección, y da muestras de un amor singular cuando canta sus gozos á su compañero presente, ó sus afectos al ausente; y así la voz de la tórtola, toda es de amor, ni conoce cosa fuera del amor; y es singular su amor, pues cuando queda sola, no se junta con

otro consorte, y es amor eterno que no conoce segundo. La voz, pues, de la tórtola canta al amor: su voz es puro cántico de amor, y su cántico hace arder los corazones; una sola cosa resuena su voz, y canta siempre lo mismo y lo mismo repite, y jamás causa fastidio. Siempre canta lo mismo, porque lo mismo siempre ama. ¿Y quién será digno de escuchar la voz de la tórtola? .... Tú sola, Señora, hermosa entre las hijas de Jerusalén; tú sola escuchaste y tú sola entendiste la voz de este cantar, y por eso dijiste: «La voz es de mi Amado.» El te hablaba por dentro y tú por dentro le escuchabas: El te cantaba su amor y tú le respondías con el tuyo.»

VERSO 13.

La higuera produjo sus brevas:
las viñas en flor dieron su olor. Levántate,
amiga mía, hermosa mía, y ven.

San Bernardo dice que las viñas en flor fueron los patriarcas y profetas, que

aunque adoraron en espíritu á Cristo, que había de nacer y morir, pero no dieron entonces su olor, porque no lo vieron en carne; mas lo vieron después, cuando sucediéndose las generaciones, de ellos vino el Señor por el alumbramiento virginal de María. Tres Padres griegos entienden por las viñas en flor, los tres Reyes Magos, que fueron las primicias de los gentiles que vinieron á Belén y á la Madre de Dios, pidiéndole ver y adorar á su Hijo. En cuanto á la higuera que produce higos pequeñitos, pero muy dulces, es la misma Virgen María, que dió á luz al dulcísimo Jesús, y con El á todos los escogidos, pues son miembros de Cristo su cabeza. En cuanto á las palabras que dice el Señor á su Esposa: Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven, las cuales repite varias veces en este libro divino, significan que Dios llama á su amada Madre, unas veces de la acción á la contemplación, y es cuando le dice que duerma ó manda que no la despierten; y otras veces la llama de la contemplación á la acción, como parece hacerlo aquí, que le manda le-